



PERSONALISMO Y EDUCACIÓN

Por José Manuel Otero Novas,
ex Ministro de Educación

Todos conocemos la enorme trascendencia del sistema educativo porque forma la personalidad de los jóvenes y porque es el instrumento de progreso humano y de progreso social.

ORTEGA decía que el hombre es el único animal capaz de aprovechar la experiencia de sus antepasados. Y ese aprovechamiento se consigue merced al sistema educativo.

La educación es trascendente pero tiene, como todas las actividades humanas, aspectos problemáticos y dimensiones polivalentes. Lo problemático es que la instrucción tiene un carácter transformador de la sociedad a medio plazo. La polivalencia deriva de que no existe la educación neutral. La educación, queramos o no, responde siempre a una determinada concepción antropológica o metafísica. Trata de realizar

el tipo de hombre y de ciudadano deseable por cada uno. Según quien sea el profesor, transmite unos valores u otros, porque respecto de cada cosa hay muchos puntos de vista y todos creemos que el nuestro es, precisamente, el natural, el científico, el correcto. So pretexto de cientifismo, cada profesor transmite sus propias valoraciones. Aunque exprese todos los puntos de vista, siempre hará prevalecer los propios. Y si imaginamos un profesor que sea capaz de la más absoluta asepsia, estará transmitiendo neutralismo, una filosofía exactamente igual que aquellas otras de las cuales quiere mantenerse equidistante. Y por ello,

silenciar en el debate educativo las filosofías de la vida de sus agentes es un simplismo falseador. Cuando Bin Laden decide destruir las Torres Gemelas de Nueva York, considera que está haciendo lo correcto. Exactamente igual que Lenin, Stalin, Hitler, o Napoleón. Son personas tan seguras de su verdad que se consideran en el derecho y en el deber de imponer sus condiciones a los demás. Esto es lo que llamamos el fundamentalismo o totalitarismo: aquella posición política en la cual el Estado no sólo tiene que gestionar los intereses del colectivo sino que además ha de ahorrar los sentimientos, los intereses, las actitudes individuales y sociales de sus conciudadanos. Y no pensemos que el fundamentalismo y el totalitarismo son patologías de lo humano. Los encontramos en algunos de los filósofos más importantes de la historia, como Platón o como Hegel. Ni creamos tampoco que sean doctrinas del pasado. Se siguen aplicando en este momento y volverán a aplicarse en el futuro. La democracia no nos inmuniza. En el gobierno de las mayorías, éstas pueden sentir también la tentación de imponer sus propias convicciones al resto de sus conciudadanos. Todos recordamos que en la Revolución Francesa y en la Segunda República española se hablaba de la dictadura democrática.

Para entender la educación no sólo hay que computar las filosofías de la vida sino también los ciclos de la historia

Conceptos como verdad, justicia, solidaridad, progreso, salvación y otros parecidos se utilizan siempre para conducir a los pueblos como manadas por las sendas que trazan los líderes supuestamente infalibles. Por supuesto, con más facilidad en las dictaduras, pero también en las democracias. Naturalmente, entre el totalitarismo y sus contrarios hay muchos puntos intermedios, en la vida nada es blanco o negro exclusivamente, pero toda aquella persona que considere que los poderes públicos están legitimados para modelar la vida y la manera de ser de sus conciudadanos tiene algo de totalitario y fundamentalista.

En el eje de la autoridad y la libertad, el punto contrario al totalitarismo es el personalismo, para el cual cada persona, todas las personas, son lo realmente importante, y cuentan con una dignidad de la que nadie les puede privar. Es el hombre quien decide lo que tiene que hacer con su propia vida, no los partidos ni el gobierno. Las estructuras están al servicio del hombre y no éste al servicio de aquéllas. Es la te-

No le reconozco a ningún político, partido o gobierno, el derecho a formar las mentes de los jóvenes según sus puntos de vista

sis que ya defendieron teólogos y juristas de los siglos XVI y XVII, cuando España regía el mundo. Nuestro Francisco de Suárez decía que el Estado sólo existe en su orden y para sus fines. El Estado tiene que crear las condiciones para que cada persona desarrolle su propia personalidad. Nada menos que eso pero nada más que eso. El Estado no puede intervenir en los pensamientos, los sentimientos o los gustos de los ciudadanos. Como consecuencia, no le reconozco a ningún político, partido o gobierno, el derecho a formar las mentes de los jóvenes según sus puntos de vista. Si aceptamos –y tenemos que aceptar– la diferencia entre instrucción y educación, es decir entre la transmisión de conocimientos y el *ahorramiento* de la personalidad, está claro que el Estado tiene el derecho y el deber de garantizar la instrucción de todos los ciudadanos, y de crear las condiciones para que cada familia pueda decidir qué tipo de educación va a dar a sus hijos, pero nunca puede ser educador. En mi opinión, el Estado-maestro es el Estado totalitario. Por eso se comprenden las grandes batallas políticas que se dan en torno a la educación. Por eso quien tenga una concepción totalitarista deseará dominar el sistema educativo o al menos los contenidos educativos del sistema. Y contra eso luchamos los personalistas. Pero para entender la educación no sólo hay que computar las filosofías de la vida sino también los ciclos de la historia y de la cultura que tienen una importancia decisiva en los sistemas educativos, y que oscilan entre lo apolíneo y lo dionisiaco, entre la democracia y la jerarquización, pero también entre el hedonismo y la valoración del esfuerzo. La historia de la educación en España y en todo Occidente expresa claramente estas oscilaciones. Gramsci, el filósofo italiano, escribió durante la II Guerra Mundial una frase que explica el concepto totalitario de la educación. Hablaba de “la neutralización cultural de los valores adversos”. Nuestras leyes educativas a lo largo del siglo XX no han hecho sino mostrar las condiciones ideológicas de sus legisladores y reflejar los ciclos históricos en los que nos hemos visto inmersos.

Extracto de la primera parte de la conferencia pronunciada por José Manuel Otero Novas en el Homenaje al Docente 2008 organizado por ANPE Asturias.